

Patriotismo

Si alguien supusiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oiría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros á agentes residentes, luego á funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á someterse, y, por último, á la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutzilandia, declarada colonia británica, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no des-

pierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jédive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jédive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora¹. Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si porque mi amor á mi país no sobrevive á éstas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada, sino que es un deber. Supon-

¹ Vemos repetir la transparente excusa de que los boers comenzaron la guerra. En el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende solo á sí propio y se entienden bien los usos de aquélla, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.